
CAPÍTULO 4

**RESTITUIR LO PSÍQUICO; EL ORDEN DE LO HUMANO
Y DE LA CIENCIA**

*Alberto Sanen Luna*¹

*“No encontraremos personas
si las estudiamos como si se tratara
únicamente de objetos”*

R. D. Laing

Aproximarnos a una manera distinta de entender e interpretar los hechos epistemológicos y así procurar conformar una nueva epistemología en el campo *psi*, requiere de traer a cuento, antiguas nociones de la modernidad que ese extraño *lo posmoderno*, paulatinamente ha buscado en ocasiones eliminar y en otras tantas relegarlas a los pisos menores del conocimiento, calificándoles de *irracionales* o *primitivas*. Se trata en todo caso, de una serie de conceptos, términos y fundamentos eliminados por su dificultad de aprensión y no por su inutilidad, por la falta de rigor, la banalidad con que son utilizados y la superficialidad con que son encarados.

¹ Coordinador de Enseñanza en Psicología del Hospital Psiquiátrico Infantil *Juan N. Navarro*.

Este proceder, propio de un mundo dedicado al consumismo ha impreso su sello en los diversos actos que realizamos, al igual que en el ideal del mundo actual y se cuelga en la transmisión de los saberes y conocimientos.

Es por ello que se considera que, como medio de resistencia a los modelos dominantes del conocimiento, se debe establecer un retorno a los mitos que fundamentan la emergencia de las diversas disciplinas; consideramos que esto puede revelar una mirada distinta, un algo que introduzca un sentido renovado a ciertos quehaceres. Siguiendo esta propuesta es necesario dar inicio visitando someramente el mito griego de *Psique* y *Eros*. Este mito, independientemente de la belleza que transmite sea por sus palabras o por las imágenes que pueden recrearse en nuestra mente, da cuenta de un conjunto de emociones, sentimientos y acciones humanas de las cuales, nosotros *occidentalizados* hemos sido receptores, aunque no siempre hayamos reflexionado sobre ello.

Cabe mencionar que al situar un mito como arranque de este texto, este debe ser rescatado del equívoco. No se trata entonces de una lectura primitiva o una cosmovisión arcaica, tampoco es un falseamiento de la realidad, un esquema erróneo de pensamiento o una explicación rudimentaria. El mito es considerado como un argumento referente al origen, a la génesis de los sucesos y de los seres humanos. Su lugar como principio de petición de la aparición de la humanidad es innegable, de allí que lo que revelan nos acompaña hasta la actualidad tal como nos lo hace saber Roland Barthes en su texto *Mitologías* (2010); se trata pues de cuestiones que la transmisión oral ha fijado en nuestra interioridad y las cuales nos siguen acompañando, solo que en ocasiones sus elementos han sido entregados a la mercadotecnia y por tanto se ha velado su verdadera razón de ser.

Ahora bien, el mito que nos corresponde como *ciencias psi*, es puesto en la narrativa de los tiempos por Apuleyo (2008) quien escribe sobre ese encuentro, sin miradas, obscurecido por los parpados entre el aliento y el amor. A grandes rasgos podemos iniciar

(a sabiendas de omitir detalles). Recuperamos el mito en el punto en que una diosa –Afrodita–, siente envidia y celos de la mirada y el deseo que capta una joven entre muchas otras y decide que su hijo Eros atravesase su corazón; sin embargo, este se niega a flechar a Psique. El amor, digámoslo así, se enamora, ante el temor, el miedo a acabar con la vida de ella, lanza la flecha al mar y la lleva hasta su palacio.

Será durante la noche, entre las sombras que Eros se encuentre con Psique, exigiendo a esta última que no levante la mirada, que no abra los párpados mientras se encuentra con él, que confíe en su entrega. Ella acepta (cegada por el amor). Tras un tiempo, se levantan en el interior de ella deseos de ver a sus hermanas a quien ama tiernamente; estas le reciben con franca alegría pero no pueden dejar de hacerle notar a su hermana la situación extraña en que se encuentra. Logran sembrar en Psique la duda, le intrigan, por lo que a su regreso durante la noche, tras el encuentro con su amado ella le mira, una pequeña gota de aceite derramado sobre el cuerpo de Eros le despierta haciendo que él huya en medio del enojo y la decepción pues ella ha sido infiel a su palabra.

Sin saber el origen de la historia Psique recurre a Afrodita (madre de Eros, en quien el rencor siempre ha estado vivo) para solicitarle le ayude a reencontrarse con su amado. De esta manera Afrodita le exige a Psique diversas tareas cuasi imposibles, entre ellas ir y venir del lugar de los muertos, encontrarse con los que ya no están, pagar por un poco de vida y belleza a la muerte.

Psique al regreso del Hades, temerosa de que sea aun con sus sacrificios rechazada, desea asegurarse que esto no suceda tomando para ella misma algo de la belleza de la muerte. Sin embargo, al abrir el objeto que porta se adormece con lo que emerge y la amnesia le hace presa; ahora se encuentra en un descanso, que no es otra cosa más que el remanso de uno mismo. Será rescatada por Eros quien la llevará a la presencia de Zeus, el padre poderoso, el que protege. Éste determina volver inmortal a Psique; quien ya no tendrá miedo, terror u horror a la muerte.

Siguiendo la trama de la historia contada por Apuleyo, es posible extraer ciertas referencias de aquello que se agita en nuestro interior o para ser precisos, de aquello que ubicado en nuestro interior nos agita. Se trata de lo que en el campo de la clínica ha sido denominado desde Esquirol como las pasiones y cuyo “tratamiento estriba en el razonamiento y en el diálogo” (Esquirol, 2000, p. 31). En esta historia se despliegan de manera precisa las complejas relaciones entre el *erastes* y el *eramenon*, el amante y el amado. Se trata justamente de lo humano en tanto que es entre dos donde se ubica siempre nuestro acontecer, de igual manera hace pensar que la supuesta individualidad que nos rige y que facilita la aproximación teórica y práctica a nosotros mismos, siempre resulta alejada de la realidad tal como es vivida en nuestra cotidianidad

Pero trataremos de ser un tanto más precisos a sabiendas de que existirán muchas más cuestiones involucradas; esta narración ejemplifica el hecho referente a que nuestra manera de relacionarnos con la realidad, es a partir de la captación de los objetos y sujetos circundantes. Esta misma compleja organización cognitiva es factible traspassarla a nuestras vivencias interiores; a saber: se trata de un gran entramado de sucesos psíquicos y no de movimientos individuales de facultades independientes. Cuando hacemos *cortes* en nuestra manera de conformar un solo juicio de nuestro ser, debemos estar advertidos que se trata únicamente de un artificio didáctico y por tanto nuestros análisis y conclusiones no dejan de ser enunciaciones laboratoriales.

Otro aspecto que nos es permitido apreciar, es el relativo a cómo el mundo se introduce en mí para posteriormente aprehenderlo. En este contexto se hace sobre todo hincapié en dos maneras constantes de significar: la escucha y la mirada. Por una parte *mirar*, es formalizar por vía de la imagen que construimos lo que se cree conocer. Por otra *la escucha*, aunque siempre transitoria pues está ligada a lo que se capta auditivamente, nos hace confiar en “lo oído” que deja huellas, produciéndose un registro sonoro inefable. Entre ambas (no únicamente) se recorta el mundo, se amolda y se aprecia

y se logra por este medio que se revele el sentido. Sin embargo, nuestra comprensión no está completa hasta que las palabras y no otra cosa logran hacer el puente entre estos dos mundos: lo psíquico y lo material. Estas pequeñas unidades con su ensalmo mágico, ellas y no otra cosa nos aproxima a nuestra interioridad y la colocan en la exterioridad colectiva.

Revela también la fragilidad de los mortales y lo impertérrito del pensamiento, la constancia de la existencia de las ideas y, por supuesto, la capacidad del humano para dar cuerpo a ellas. Las minúsculas unidades de este pensamiento, están ligadas al aliento. Este último constituye esa breve imagen que emana del cadáver y se aleja a otro punto de la existencia (por lo menos para algunas religiones); de allí la mariposa que escapa por la boca de los muertos y que ubicamos en las urnas también griegas. Es el soplo de vida denominado por Bergson (2007) “impulso vital”, por Freud (2001) “la pulsión”, por Lacan (2013) “el Deseo”, etc.

Es Psique quien nos sostiene (es el *soprote espiritual*, si así se le desea nombrar) pero es *lo psíquico* lo que da cuenta de nuestro ser; es ese *soplo* lo nos lleva a jugar en la existencia, desplegando las grandes pasiones que *Eros* y *Psique* representan. Hablar de *Psique* nos insertaría en una pregunta hasta el momento incontestable, una pregunta sobre el más allá, sobre los paraísos perdidos o las tierras prometidas. Por el contrario hablar de *lo psíquico* sabemos que nos aleja del ¿qué es?, pero como una breve ganancia hace que “la respuesta pedagógica al pasar de lo ingenuo a lo científico, siga el camino seguro de un cómo” (Hocquenghem, 1986, p. 21) que nos lleva pues al conocimiento.

Este “como” y “de qué manera” no pierden importancia; muy por el contrario, tiene un mayor peso pues se trata de lo cognoscible del mundo (y nosotros somos parte de él); los problemas surgen cuando por el deslizamiento y la falta de rigor confundimos una dimensión espiritual de lo que en ciencia llamamos una cuestión anímica. Al hablar de *lo psíquico* no se tratará de la dimensión de la fe o de la creencia, sino de cómo se adquieren estas, de cómo se dan

los procesos que posibilitan el surgimiento de lo afectivo, lo volitivo y lo cognitivo en el sujeto. Hablar de lo psíquico es hablar de lo que por derecho es el verdadero objeto de estudio, análisis y cura de las disciplinas “psi” (entendiendo en este texto por ellas psicología, psiquiatría y psicoanálisis...).

Entonces es factible decir que *lo psíquico* es aquello que constituye lo que denominamos nuestro mundo interno y donde este último puede ser considerado “nuestro modo personal de experimentar, nuestro propio cuerpo, los demás del mundo animado e inanimado: la imaginación, los sueños, la fantasía y, detrás de todo eso, cualquier alcance de nuestra experiencia” (Laing, 1983, p. 31).

Ahora bien, aun cuando *lo psíquico* constituye el pilar fundamental de las disciplinas *psi*, e incluso son el disparador de su existencia, el avance en los modelos utilizados para acercarnos a la realidad han llevado a que una aproximación como la anterior no coincida con las lecturas imperantes en el campo de la construcción de la ciencia. Cabe entonces mencionar que el marco epistémico actual que tiene por título de procedencia el naturalismo y cuyo refinamiento ha sido brindado por un positivismo unívoco, tiene su interés principal en la cuantificación de hechos obtenidos por parte del observador de ellos y no por la experiencia de las cosas como tal —sean sujetos e incluso el observador mismo—. Pero como señala Aristipo de Cirene “la matemática, no puede ser la ciencia rectora, ya que no nos habla del bien y el mal” (citado por Aubenque, 2009, p. 21), un actuar sin referencia a la complejidad del entramado de nuestra mente y sociedad, elimina al sujeto y (probablemente sin desearlo) tampoco considera las consecuencias de dicho acto. Sirvan como ejemplos de lo inasible por este modelo de masificación numérica; la particularidad de la vivencia histórica, la aprehensión de los hechos de conciencia, la percepción del tiempo vivido, la ruptura social, el desvanecimiento del respeto, etc. Todas estas son cuestiones incuantificables, lo cual no las torna indescriptibles y apreciables.

Para revertir este efecto de desaparición del objeto y del sujeto portador de él, es indispensable considerar que el modelo “siempre

se queda corto y no llega a la identidad con el referente” (Díaz, 2005, p. 11). No observarlo y continuar en la línea de construir una ciencia y solo una, univoca y equívoca empuja a que lo psíquico, verdadero motor de estas disciplinas, sea expulsado. Los discursos que abogan por el empirismo como único medio de validación, olvidan que el propio empirismo no está desligado de la subjetividad, pues para ser exactos “sin subjetividad no hay experiencia” (Searle, 2009, p. 61) y esta última, decía a grandes rasgos Montaigne (2004), es siempre intransmisible pues en todo caso es la marca de agua que imprimimos en nuestros actos.

Sin embargo, para el factor digamos *humano*, se ha establecido el margen de error, desde donde deberemos considerar a la experiencia humana, lo inefable y singular como un posible margen de desviación, la cual por la angustia que crea es señalada como estándar. Al desobjetivarle, al transformarlo en un probando o en un sujeto de la ciencia, nuestro pivote ético se desliza desde el encuentro con el semejante hasta el otro absoluto y “este último puede no tener nombre y apellido” (Derrida, 2008, p. 31), de tal manera que la fisura social puede terminar en un rompimiento total.

Lo psíquico no resulta independiente ni de lo material ni de sí mismo, ese margen de error a donde se ha deseado orillarle revela más que nunca la “ruptura epistemológica” de Gaston Bachelard; no solo entre los campos de conocimiento, sino entre este último y lo que denominamos el saber, ejemplo de ello es que olvidamos que “la subjetividad ontológica de sentir dolor, no excluye una ciencia epistémicamente objetiva del dolor” (Searle, 2009, p. 71). Mirando detenidamente nos percatamos que no hay contradicción en entre estas dos cuestiones; existe si, discordancia entre posicionamientos pero justamente por ello, se deben de tender puentes e intercambios; tal como señala el premio nobel de física Erwin Schrödinger “el alcance y valor de la ciencia son los mismos que cualquier otra rama del saber humano. Pero ninguna de ellas por si sola tiene ningún alcance o valor” (Schrödinger, 2009, p. 14).

El confundir la verdad con la certidumbre numérica ha hecho que se relegue a segundo plano otro elemento de *lo psíquico*. Hablamos de la duda, esto a sabiendas de que la “duda metódica es la fuente del examen crítico de todo conocimiento... *donde* lo decisivo es como y donde se conquista a través de la duda misma el terreno de la certeza” (Jaspers, 1985, p. 16) Sucede que es la oportuna pregunta que emerge en el sujeto lo que posibilita que sea el raciocinio atribuido al “sentido común” lo que le guie; en ese instante devolvemos a la razón su espíritu, su verdadera esencia, el “ser turbulenta” (Bachelard, 2001, p. 9) y por tanto le regresamos a *lo psíquico* su primado.

Estos componentes mentales son representaciones internas del mundo irrepetibles e intransferibles, y sin embargo, es posible encontrar una cierta coincidencia de sujeto a sujeto; además ellas no están libradas al azar, es decir, cumplen con ciertas cuestiones que la ciencia moderna aprecia, y podemos encontrar un ejemplo de ello en que si bien no hay una causalidad específica para éstos enlaces, esto no implica la inexistencia de un determinismo, pues “la realidad psíquica es todo menos aleatoria; en realidad está profundamente determinada por motivos que van desde los más viles hasta los más sublimes, desde la codicia y el despecho hasta el auténtico amor al prójimo” (Schrödinger, 2009, p. 76) Esto es algo vienen repitiendo constantemente diversos personajes (Freud 2001), Cassirer (1983), Lacan (2002) provenientes de disciplinas que van desde el psicoanálisis, la antropología, la historia o la física cuántica.

Lo que denominamos *lo psíquico*, aun cuando íntimo e interior, es a la par un acto social, y por tanto cualquier aproximación a ello, sea desde el trabajo de intervención, el análisis conceptual, la revisión etimológica, los estudios lingüísticos o el duro de la ciencia, también debería de serlo. Cualquiera de estas perspectivas implica el exterior del sujeto, lo que lleva a postular que considerar el acto científico de producción de conocimiento como algo solitario e individual, no es más que el deseo de quienes lo realizan de apartarse de la crítica, a saber, de alejarse de los juicios psíquicos de otros

sobre su quehacer en lugar de considerar que “la ciencia constituye una práctica social” (Ynoub, 2015, p. 14).

En cualquiera abordaje sea científico o no, se juega lo íntimo y lo *extimo* (noción psicoanalítica que implica, lo que nos es exterior y nos es familiar; la ciudad, la casa, los amigos etc.), y el reconocimiento de estas condiciones aporta elementos para el acercamiento indispensable para la creación de “esa distancia que no es completamente una, es una distancia íntima que se llama proximidad” (Lacan, 2000, p. 95). Por lo anterior se nos vuelve necesario considerar que la descripción, estudio y toma en cuenta de dichas condiciones, es un imperativo que lleva a plantear una fenomenología social, que podría situarse como “la ciencia de mi propia experiencia y de los otros” (Laing, 1983, p.17).

Pensar una ciencia de estas características, implicaría recorrer los vestigios de cada uno de nosotros en los otros, para lograr comprender que el trabajo de investigación y la acción de la ciencia son un “un complejo de acciones humanas, realizadas por agentes intencionales” (Olivé, 2011, p. 98), teniendo presente que al final de cuentas “el quehacer científico compromete siempre una posición ética e ideológica” (Ynoub, 2015, p. 14). De igual manera, una (o varias) ciencia de lo humano, debiese estar prevenida de que puede buscar la verdad (esta resulta inalcanzable como bien indica San Agustín [2012]) pero en su lugar es factible encontrar solamente cierta certidumbre, pero no por ello se debe renunciar a su empeño de penetrar en *lo psíquico*, sino que se debe reconocer que puede anudarse a otras “formas de conocimiento, que por lo demás, son muchas” (Villoro, 2009, p. 21) estableciendo una horizontalidad disciplinaria.

La propuesta de una restitución de *lo psíquico* apunta a considerar el propio punto de partida como algo aun por explorar, cuestión abordable desde la perspectiva de una nueva epistemología siendo que esta, debe implicar nuevamente hablar, revisar, discutir y tratar “detalladamente el alma en sí misma y... sus diversas facultades” (Aristóteles, 1973, p. 33), ahora considerando la arquitectura

singular de lo psíquico y sus procesos, los cuales aún nos resultan inciertos, y donde aún desconocemos cómo aparecen misteriosa y profundamente los pensamientos, a pesar de que comprendemos qué áreas se involucran en su procesamiento.

No se trata de descartar los conocimientos que tenemos y poseemos, sino de formular de nueva cuenta, con una aproximación distinta, complejas cuestiones que han caído un tanto en el olvido, pero que son la base de nuestros desarrollos actuales; voluntad, coraje, deseo, inteligencia, juicio, abstracción, fantasía, imaginación, etc. Son fenómenos psíquicos que merecen un replanteamiento, un viraje y un ajuste, puesto que de ellos pende nuestra posición actual.

Al igual que en otros campos del conocimiento y el saber, *lo psíquico* reclama constantemente su sitio; no es posible avanzar sin comprender que “al igual que otras creaciones humanas la ciencia es asunto de la imaginación” (Ynoub, 2015, p. 22). Elegir *resituar lo psíquico* es un primer paso para replantearnos nuestro lugar en dichos conocimiento, insistiendo en recordar que “adoptar un modelo es asumir un compromiso ontológico, es decir, asumir una presunción acerca de lo que hay en el mundo de lo que entonces se puede esperar de él” (Ynoub, 2015, p. 41).

Lograr reposicionar *lo psíquico* solo es posible al pensar una nueva manera de aproximarnos al campo de la ciencia; punta de lanza resulta una lectura del mundo bajo los señalamientos de la “hermenéutica analógica icónica” (Primero, 2015, p. 22), que puede brindar con el suficiente rigor y a la vez apertura, las posibilidades de re-habitar el espacio de la ciencia. Se trata de comprender que “hay una vulgaridad y una bajeza en toda acción que solo se concibe para lo inmediato, es decir a fin de cuentas para nuestra vida. Y hay una nobleza muy grande en la energía liberada de la opresión del presente” (Levinas, 1974, p. 54) es por tanto un avanzar hacia el futuro re-coriendo nuestro pasado.

Cada disciplina “psi” debiese entonces de cuestionar sus fundamentos a la luz de planteamientos epistemológicos complementarios, que permitan apuntalar transdisciplinariamente los conceptos

de los que se valen para apreciar los hechos de la vida; se trata de un reajuste en relación a las categorías es uso y establecer un análisis conceptual profundo y diverso. Conceptos como *normalidad*, *enfermedad mental*, *psicopatología*, *trastornos* etc., tendrán que ser tocados por esta nueva mirada y por supuesto, habrá que ubicar los deslizamientos que han dado origen a posiciones contrarias a su sustancia. Pongamos un ejemplo. Al hablar de *psicología humana* abrimos la puerta a considerar fuera de su ámbito *lo psíquico* con todo lo que hemos visto se juega en su interior. Con ello también queda claro que no toda enunciación moderna cumple cabalmente con su objetivo.

Restituir lo psíquico es re-colocarle en donde corresponde, en el sujeto humano y en ningún otro sitio, no es un antropocentrismo recalcitrante, es un acto de justicia, es aceptar que “el conocimiento es un proceso psíquico que acontece en la mente de un hombre” (Villoro, 2009, p. 11), en un instante histórico determinado. Avanzar requiere hacer conciencia de que “la palabra enunciativa es una cuestión rechazada a la zona de ficción o del silencio por la ley de una escritura científica” (De Certau, 2006, p. 13) en su afán radical por una pureza de planteamientos y con ello se olvida que en realidad es *lo psíquico* lo que nos hace seres biográficos y no únicamente biológicos.

REFERENCIAS

- Apuleyo (2008). *El asno de oro*. España: RBA.
- Aristóteles (1973) *Del sentido y lo sensible y de la memoria y el recuerdo*. Argentina: Aguilar.
- Aubenne Pierre (2009). ¿Lo vivo como modelo? Los límites de la interpretación biológica en el pensamiento clásico griego, en *Filosofía y ciencias de la vida*. México: FCE.
- Bachelard Gaston (2001). *El compromiso racionalista*. México: Siglo XXI.
- Barthes Roland (2010). *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- Bergson Henri (2007). *La evolución creadora*. Argentina: Cactus.

- Cassirer Ernst (1983). *Antropología filosófica*. México: FCE.
- De Certau Michel (2006). *La escritura de la historia*. México: ITESO.
- De Hipona Agustín (2012). *Confesiones*. España: Gredos.
- Derrida Jacques (2008). *La hospitalidad*. España: Ediciones de la Flor.
- Díaz José Luis (2005). Modelos científicos: conceptos y usos, en *El modelo en la ciencia y la cultura* México: FCE.
- Hocquenghem Guy y Scherer (1986). *El alma atómica*. España: Gedisa.
- Jaspers Karl (1985). *La filosofía*. México: FCE.
- Lacan Jacques (2000). *La ética del psicoanálisis*. Argentina: Paidós.
- Lacan Jacques (2002). *Acerca de la causalidad psíquica*. México: Siglo XXI.
- Lacan Jacques (2013). *El Deseo y su interpretación*. Argentina: Paidós.
- Laing Ronald (1983). *La política de la experiencia*. España: Grijalbo.
- Levinas Emmanuel (1974). *Humanismo del otro hombre*. México: Siglo XXI.
- Esquirol Jean (2000). *Sobre las pasiones*. España: AEN.
- Freud Sigmund (2001). Pulsión y destinos de pulsión 1914, en *Obras Completas*. Argentina: Amorrortu.
- Freud Sigmund (2001). Formulación sobre los dos principios del acontecer psíquico 1911, en *Obras Completas*. Argentina: Amorrortu.
- Montaigne Michel de (2004). *De la experiencia*. México: UNAM.
- Olivé L. y Pérez Tamayo L. (2011). *Temas de ética y epistemología de la ciencia*. México: FCE.
- Primero Rivas L. E. y Beuchot Mauricio (2015). *Desarrollos de la nueva epistemología*. Popayán, Colombia: Sello Editorial de la Universidad de Cauca.
- Schrödinger Erwin (2009). *Ciencia y humanismo*. Tusquets: España.
- Searle John (2009). La conciencia, en *Filosofía y ciencias de la vida*. México: FCE.
- Villoro Luis (2009). *Creer, saber, conocer*. México: Siglo XXI.
- Ynoub Roxana (2015). *Cuestión de método; aportes para una metodología crítica*. México: CENGAGE.